

Prólogo

Jean Meyer

Dicen que el animal no rumia la idea de la muerte. Nosotros, dotados de un exceso de memoria y de capacidad de presión, no podemos olvidar esa idea que desempeña un papel notable en nuestra vida. Después de todo el santo patrón del gremio de los historiadores y de los archivistas es Herodoto de Halicarnaso y el fué quien definió nuestra tarea como la de proceder a “investigaciones para que no se desvanezcan en el tiempo los hechos de los hombres y para que no queden sin gloria grandes y maravillosas obras...”.

Esa idea exalta nuestra imaginación, estimula nuestra actividad, nos lanza en la lucha contra el tiempo (que nos queda) y el olvido, la ruina, la destrucción que amenaza a los hombres, a sus libros, a sus papeles. La muerte biológica, la muerte en forma de activos ácidos, hongos, cucarachas, plateados, ratones y...vándalos.

Historiadores y archivistas le debemos mucho a la idea de la muerte, la cual es a la vez madre de las religiones, el agente secreto, ni tan secreto, de la política y de la política continuada por otros medios, la guerra, el origen de nuestras investigaciones, búsquedas y reflexiones. Recuerdo el ya antiguo y clásico libro de James Frazer.- *Fear of the Dead in Primitive Religion* (1934 en la reedición que conozco) con su tesis de que todas las creencias en relación con la muerte engendraron y siguen engendrando una cantidad correspondiente de ritos.

Nosotros los cofrades de la Asociación Mexicana de Archivos y Bibliotecas privados hemos inventado nuestro rito, en la más fiel tradición herodotiana. “Por regla general, la investigación (“istoria”, en el griego jónico de Herodoto) exige también a quien la cultiva la metamorfosis en ratas de archivo, principalmente de los archivos de

Estado, de los enormes almacenes de papeles oficiales que puso de moda el más triste de nuestros reyes, el riguroso don Felipe II, a partir del archivo de Simancas y luego del depósito al que acuden los historiadores mexicanos de hoy, el inagotable Archivo General de la Nación.(.) Se podrían escribir muchas historias de terror que tuvieran como escenario nuestros depósitos de manuscritos (..) polvo, cucarachas, ratones y basura”. “Entrar en competencia con coheteros, ratas, saqueadores, polilla, fabricantes de cartón y demás usuarios de almacenes en vil abandono”. (Luis González y González.- El Oficio de Historiar. Colegio de Michoacán, 1988: 100-105). Durante siglos todo fue romper papeles, sobre todo entre 1821 y 1867 y luego entre 1913 y ...mejor callemos por caridad. Esa vieja costumbre ha sido nacionalmente practicada tanto por oficiales del estado, como por particulares. Por eso la labor de nuestra cofradía es tan noble y necesaria.

La cita de Herodoto abre el primer de sus nuevo libros, intitulado “Clío”. Nueve hermanas nacieron en la casa de Memoria (Mnemosina). Clío era la hija mayor, la famosa hija mayor, la pequeña madre de sus hermanas —así pasa, así pasaba en las numerosas familias mexicanas. 2500 años han pasado sobre las cenizas del padre de la Historia, 25 siglos de lectura —con algunos siglos de interrupción—, de lectura buena y mala no han agotado ni a Clío, ni a sus seguidores y nosotros seguimos en la raya, investigando, “istoreando”, historiando a base de documentos. Larga y eterna persecución, carrera sin fin, muerte sin fin. Cuando sopeso el conjunto de textos mecanuscritos reunidos para esa nueva entrega, me doy cuenta que eso dista mucho de terminar, eso no hace más que empezar. ¡Más de veinte, casi treinta textos, correspondiendo a otros tantos archivos y bibliotecas privados! Todas las épocas de la historia novohispana y mexicana están presentes y una infinidad de temas; lo único que nos faltaría sería convencer a las casas editoriales de afiliarse a nuestra asociación para rescatar, conservar y abrir sus archivos a la investigación; ¡Imagínense! Las perspectivas que se abrirían para una historia de la cultura en México...

Pedir más, cuando ya tenemos tanto, suena a delirio. Nuevos archivos rescatados, nuevos fondos catalogados en esos archivos resca-tados nuevos y viejos, nuevos documentos encontrados en esos fondos catalogados, nuevos y no tan nuevos, una espiral sin fin amenaza con la fascinación que ejerce sobre quien se asoma a contemplar el pozo “Euterpa acaba de cantar, Talía termina una comedia cuando quiere y Melpomena una tragedia. Terpsicora siempre puede acabar un minúete, Erato una elegía, Polimnia una oda, Caliope un discurso o una epopeya. Solo somos dos, dijo ella, que no llegamos nunca. Urania porque hace la historia del cielo, y yo, Clío, porque hago la historia de la tierra (...) y del hombre”. (Charles Péguy.- *Clío, in Oeuvre en Prose*, Paris, Gallimard, 1968, tomo 1: 238)

Cuando uno dice “pasa el tiempo”, lo ha dicho todo. Frente a ese mundo de papeles me invade el miedo. Necesito un día para hacer la historia de un segundo, necesito dos meses para hacer la historia de

un minuto, un año para hacer la historia de una hora, una eternidad para... Vemos solamente el principio de nuestras historias, son historias sin fin, porque toda la historia, por principio, es infinita y también porque gracias a la masa creciente de los archivos nuevos y viejos la documentación se vuelve infinita. Necesitamos por lo tanto la eternidad para hacer la historia de "las misiones extranjeras y de Levante", para leer "los papales coloniales del arzobispado de México", para seguir a "un tren: el Olivo", para adentrarnos en el archivo de Antonio Castro Leal, para seguir a Salvador Novo y Alfonso Reyes, para sacarles todo el jugo a "Las tarjetas de visita" en el archivo Toribio Esquivel Obregón o a los "documentos demográficos sobre los judíos en México", para perderse en la contemplación de las fotos del Archivo Papeles de Familia de la Ibero en la Laguna...

No abusaré de su paciencia pero es una paradoja sabrosa: necesitamos un tiempo infinito para hacer la historia de cualquier hecho perfectamente finito. ¿Cuántos años duró la vida pública de Pancho Villa, seis, siete? ¿Cuántos años ha trabajado nuestro querido Federico Katz para escribir una parte de esos años? Al principio nuestro amigo no tenía material suficiente para escribir un librito sobre el temible duranguense, al final tenía tantas fichas que le fue imposible comprimir tanta información en mil páginas. Y eso que le sigue esperando un sin número de archivos escondidos, privados y públicos, escondidos y olvidados, inaccesibles e impracticables, hoy develados y recordados, accesibles y practicables, sin contar con todos los que surgirán mañana y pasado.

Ese problema es propio de los que hacemos historia contemporánea, de los que hacen historia moderna también. No podemos escribir nuestras historias porque sobra la información, todo lo contrario del problema de ustedes, los que hacen historia más antigua y muy antigua: ustedes no pueden escribir porque escasea la documentación. Quedamos todos atrapados en nuestra bibliotecas, en nuestros archivos públicos y privados, como entre los dos brazos de una pinza, entre el demasiado y el demasiado poco. No nos escapamos de ese dilema. Además, para complicar el asunto hay que reconocer que si la historia se hace con documentos, se hace también, como nos lo explicó Luis González, contra los documentos. Para ciertas épocas, ciertos temas, hacen falta los documentos. Para otras, para otros, hace duramente falta la falta de documentos. No hay justo medio y por eso seguimos buscando documentos hasta perecer por impotencia debajo de tantos documentos. Así que ni modo, esa es nuestra agonía y nuestra alegría también.

División de Historia,
Revista ISTOR, CIDE,
16 de noviembre 2001